



domingo, noviembre 23, 09, 2008

Un contratiempo

En mi denodado afán por evitar que se me infiltre en el blog algún/a famoso/a he tenido la brillante idea – ah, por si hubiese algún/a lector/a nuevo/a, visitar normas de este blog para saber de qué hablo – de hacer rellenar un formulario a cada nuevo/a aspirante a colaborador/a.

Es uno de esos formularios en los que pone los campos marcados con * son obligatorios y, ahí, donde los asteriscos, exijo que se ponga la dirección y, naturalmente los nombres y apellidos.

Luego, cuando ya tengo estos datos, me echo a la calle (o al tren o al aire o al mar si el o la candidato/a es de fuera de mi ciudad o incluso de allende las fronteras del mapa o del otro lado del Atlántico) y allá que voy a hacer la comprobación pertinente.

El procedimiento habitual es presentarme, muy educada y correcta, y mantener una breve conversación informal.

Bueno, pues esta mañana la he dedicado a ese tipo de pesquisas.

Cuando he llegado al domicilio de la interfecta, porque se trataba de una señora o señorita cuya identidad no voy como es lógico a desvelar, el portero de la finca me ha preguntado a quién buscaba. Le he dicho que a doña Fulanita de tal y tal y él ha respondido “Oh, sí; la del quitasol color verde periquito”; y que no estaba porque la había visto salir hacía poco a pasear al perro.

Volví a la calle, bastante descorazonada (yo; la calle no poco desangelada porque era uno de esos barrios periféricos con nada de encanto) y, a los pocos pasos, una señora con perro.

Yo no había prestado demasiada atención al tema del quitasol, y como además y a pesar de que hacía muy buen día estamos a finales de noviembre, no eché de menos que aquella señora no lo llevase y la abordé.

– ¿Es usted – le pregunté – por casualidad doña Fulanita de tal y tal?

–Ah, Fulanita – respondió; y agregó –: la del parasol verde periquito...

Y que la encontraría si me daba una vuelta por el barrio.

Como los tiempos han cambiado tanto en los últimos años y ahora incluso la gente corriente tiene perro – cosa, o mejor dicho “animal de compañía” o “mascota” que otrora nada más tenían los ricos – me encontré al menos una docena de señoras, en poco más de diez minutos, paseando perros.

Las abordé a todas y, en todos los casos, con la misma fórmula de “¿es usted, por casualidad, Fulanita de tal y tal?”.

Bueno, pues ninguna era la Fulanita que yo andaba buscando y, aunque nadie me crea, la respuesta que aquellas señoras me dieron fue siempre la misma: ah, la de la sombrilla verde periquito. Hubo una, incluso, que amplió su explicación con “y un cocker spanhiel ruano”.

– ¿Cómo es el cocker spanhiel ruano? – quise saber.

– Pues – respondió – a manchas marrones y blancas, muy poco frecuente; en cuanto lo vea lo reconocerá en seguida.

Seguí deambulando, cada vez más desanimada e incluso irritada, y aunque todavía me crucé con muchas señoras con perro no les dije ya nada porque o no era cocker o no tenía manchas...

Me disponía a regresar al aeropuerto y ya estaba alzando el brazo para parar un taxi cuando, de repente, al otro lado de la calle, una señora con parasol verde periquito y un cocker con manchas; para entonces ya tenía el ánimo tan por los suelos, me sentía tan defraudada, que tentada estuve de olvidar el asunto sin decirle nada. Pero, bueno; me había desplazado a otra ciudad con un fin muy concreto y, ahora que me hallaba a apenas unos metros de mi objetivo, se me antojaba absurdo, casi una traición a mi causa, tirar todo mi esfuerzo por la borda y arrojar la toalla.

– Disculpe – le dije cuando tras cruzar la calle arrastrada por el inquieto can pasaba por mi lado –, ¿puedo inferir sin temor a equivocarme que es usted doña Fulanita de tal y tal?

– Temor propiamente no tiene – repuso, asiendo la correa con firmeza – por qué albergarlo; le recomiendo empero que se mantenga a una distancia prudente porque García es enormemente cariñoso y le puede echar las patas. En cuanto a lo demás – agregó – soy esa Fulanita.

– Celebro – le dije con cara muy seria – haberla encontrado; pero lamento, por el contrario, haberla buscado para nada.

– ¿Para nada? – repuso, con expresión de asombro.

– Bueno – yo, escueta –; usted ya conoce las normas del blog, y, tal y como están las cosas...

– ¿Las cosas?

El perro daba dentelladas a mi bolso, tal vez porque tuve la precaución antes de emprender viaje de prepararme un sándwich mixto.

– Las cosas, sí – y con una cierta sequedad le reproché –: debería usted saber que no admito ningún tipo de fam...

– Ya. La comprendo perfectamente – fue su respuesta –; pero entre que yo no he sabido educarlo y que él se comporta con todo el mundo como si fuera su

amig... Oh, García, por favor, deja de dar lametazos a la señora...

– Oh – y, no sé si por suavizar qué me disponía a decir o llevada por un cierto sentimiento de ternura, acaricié la cabeza del animal –, no me ha entendido; lo que quiero decir es...

– García, por favor, ¿querrás dejar hablar a la señora? – Y, a mí, con una sonrisa apacible y perfectamente ingenua –: sí; la escucho.

– Pues... – me daba pena porque me resultaba simpática, pero... Así que me armé de valor y dije muy deprisa –: Famosos; no admito famosos en mi blog.

– Ya lo sé – su sonrisa seguía siendo encantadora – ¿Pero qué tiene eso que ver conmigo?

– Pues... Que usted lo es.

– ¿Yo? – Y ahora se reía, francamente divertida y un poco escandalizada.

– No se haga la tonta. La conoce todo el barrio.

– ¿A mí?

– A usted.

– Pues, no sé... Me confundirán con alguien. En alguna parte debe de haber un error.

– ¿Un error?

– Error, sí – insistió, sería ahora ella también –; soy una pobre mujer completamente anónima y absolutamente gris.

– ¡Completamente anónima y la conoce todo quisque como “la señora de la sombrilla verde periquito”! ¿Le parece a usted una manera de ir por el mundo pasando inadvertida?

– ¡Pero eso es una mera circunstancia debido a que mis ojos... Bueno – interrumpió su explicación en seco y, dolida –; no tengo por qué ir contando mi vida, ¿qué tiene de malo, además, una vulgar sombrilla que compré en el chino de ahí un poco más arriba por tres euros y treinta céntim...

– ¿Sólo? – Y añadí, por hacerme perdonar –, pues es muy bonita.

– No es bonita – contestó, haciéndola girar mirándola, con la nariz arremangada –; pero es la que encontré. Si usted no puede perdonármelo...

– Puedo intentarlo, si tanto le importa... Pero, ¿y el perro qué?

– Ya sé que es un poco latoso... García, por favor, haz el favor... Pero el perro no va a lamer, y desde tan lejos, el contenido del blog.

– Es muy llamativo.

– ¿Y?

– Oh; lamento ser tan cruda pero hágase cargo de mi situación. La sombrilla verde periquito por un lado y un perro tan vistoso por otro... ¿No podría tener usted un aspecto más como el mío, de mujeruca de la clase media vulgar y corriente?

– Soy tan vulgar y tan corriente y tan de la clase media como usted o más – ahora quien hablaba con dureza y un punto de sequedad era ella –; pero si usted es tan necia como para dejarse arrastrar al error por algo tan del todo anecdótico... Pero – cambió de tono – no tengo la menor intención de discutir; y a García, si eso le sirve, le compraré uno de esos trajecitos tan...

– Pero...

– ¿Va también a poner pegatas a eso? Esos trajecitos no llaman la atención de nadie porque son todos igual de ridículos.

– Está bien – miré el reloj –, ahora tengo que marcharme o perderé mi avión.

– ¿Todo arreglado, entonces? – preguntó, con sonrisa esperanzada.

– No sé... – me costaba, la verdad, ceder – La sombrilla...

– ¿Y una pameleta? – ofreció.

– No sé – dudé –; en este país nuestro su uso no está muy arraigado...

– ¡Ya lo tengo! – exclamó de repente.

– ¿El qué?

– Un burka.

– ¿Un burka?

– Me protegerá perfectamente del sol. No sé cómo no se me ha ocurrido antes.

– No pretenderá – objeté – que un burka no...

– Vamos – rogó –, sólo le pido un poco de paciencia; una digamos solución provisional así como que de momento...

– De momento; exacto ¿Y luego qué?

– Pues, luego – y argumento exultante, como quien se halla en posesión de la verdad –, con eso de la alianza de civilizaciones...

Miré el reloj, se me estaba echando el tiempo encima, así que:

– ¿Y? – La urgí, con gesto impaciente.

– Pues que dentro de poco lo llevaremos todas y pasará del todo desapercibido
¿No lo entiende?

Y no la quise llamar antipatriota no sé si porque el tiempo me apremiaba o porque temí que si le molestaba me podía quedar sin colaboradora.

Publicado por Afrodita en [11/23/2008 05:46:00 PM](#) 